

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

MARÍA ZAMBRANO (1904 - 1990)

La noticia de la muerte de María Zambrano me ha entristecido. La conocí en Valencia, en 1937, durante la guerra civil. No recuerdo ahora quién nos presentó; tal vez fue Arturo Serrano Pla. En cambio, estoy seguro de que el lugar de este primer encuentro fue la Alianza de Intelectuales: una sala vasta y triste, muebles oscuros, tres o cuatro mesas, altas ventanas de vidrios semiopacos —precaria defensa contra la violencia del sol—, olor a tabaco y el oleaje de las conversaciones. María estaba acompañada por Alfonso Aldave, que entonces era su marido. Los dos vestían con cierta elegancia y hablaban como si estuviesen en el bar de un club. Su porte y sus modales desentonaban un poco con la agitación y el desgaire de aquellos días. Venían de Santiago de Chile, a donde Aldave había ocupado un puesto diplomático en la Misión española. Ambos eran de apariencia agradable. María era muy blanca y de pelo negro; ojos vivos, a veces velados por una sombra de melancolía y, en los labios, una sonrisa apenas. Ademanos corteses, la voz suave y bien templada. Una voz que venía de lejos. Cambiamos algunas palabras y rápidamente, al descubrir que teníamos gustos, lecturas y opiniones semejantes, la conversación se convirtió en un mutuo reconocimiento. Al cabo de una hora ya éramos amigos. A ese primer encuentro siguieron otros, hasta mi salida de España, un poco más tarde.

A principios de 1940, la guerra perdida, María y Alfonso llegaron desterrados a México. Daniel Cosío Villegas, por recomendación quizá de León Felipe, la había contratado para que formase parte de la Casa de España (después transformada en Colegio de México) y diese cursos de filosofía. Pero hubo, según parece, cierta oposición entre algunos de sus colegas (¡una mujer profesora de filosofía!) y se decidió enviarla a Morelia. Sin apenas darle tiempo a descansar y conocer un poco la ciudad, con aquella indiferencia frente a la sensibilidad ajena que era uno de los rasgos menos

simpáticos de su carácter, Cosío Villegas la despachó inmediatamente a Morelia. La ciudad es encantadora pero María se sintió perdida lejos de sus amigos y en un mundo ajeno a sus preocupaciones. Cada vez que podía volvía a México. Así reanudamos nuestro trato. Colaboró en *Taller*, que yo dirigía, y en sus páginas publicó un ensayo que fue el germen de su primer libro y el tema constante de sus meditaciones: *Poesía y filosofía*. Al cabo de un año, dejó nuestro

país, invitada a dar unos cursos en La Habana. Allá vivió una larga temporada. La amistad con Lidia Cabrera, Lezama Lima y otros le hicieron más llevadero el destierro. Fue una época de fecundidad intelectual y también de cierta felicidad, como lo revelan sus ensayos y sus cartas.

Volví a ver a María después de la segunda guerra, en París, con su hermana Araceli. Largas conversaciones en los cafés o en las casas de los amigos sobre el pensamiento poético, el realismo y lo



Ilustración de Juan Soriano

sobrenatural, Zurbarán y el pintor Fernández (del que fue muy amiga), apuros económicos y angustias íntimas, divagaciones en torno a una botella de Henri-Martin y un paquete de *Gitanes*, canciones populares para alimentar la nostalgia, lecturas de Plotino, pasión por los gatos, Galdós, algunos místicos y unos pocos poetas. Por razones que desconozco, María y Araceli dejaron París y se instalaron en Roma. Fue la época de la gran amistad con Diego de Mesa y con el pintor Juan Soriano, sobre el que María ha escrito cosas agudas e iluminadoras. Vivieron después en Suiza, Araceli murió y María regresó a España. A pesar de que la distancia y los viajes habían hecho más difícil nuestro trato, la amistad nunca se rompió. Cada vez que iba a Madrid, procuraba visitarla. La última fue hace dos años. La encontré decaída pero lúcida. Desde un balcón de su casa, cercana al Retiro, veíamos el mismo cielo madrileño —pálido azul y nubecillas leves— que Velázquez había visto y pintado. María estaba vestida de blanco, como una sacerdotisa de algún culto y hablaba con lentitud. Estaba cerca de la muerte pero sonreía. Una sonrisa que todavía me ilumina.

A lo largo de más de medio siglo hablé con María Zambrano muchas veces y durante horas y horas. Nuestra amistad fue una larga conversación. Guardo de esas pláticas no las ideas, que se disipan, sino el sonido de su voz. Un sonido de cristal, claro como agua y, como ella, fugitivo, inapreciable. ¿De dónde venía su voz? De un lugar muy antiguo, un lugar que no estaba afuera sino adentro de ella misma. ¿Por qué hablo de su voz y no de sus escritos? Creo que hay dos razas de escritores: aquellos que desaparecen bajo su escritura y aquellos que consiguen que su voz se filtre a través de los desfallecimientos y opacidades del lenguaje escrito. Cuando leo a María, la oigo. Es una voz líquida, que no avanza en línea recta sino serpenteando entre pausas y vacilaciones, como si sortease obstáculos invisibles. Una voz que, más que buscar su camino, lo inventa. De pronto, la materia verbal deja de fluir y se concentra en una frase que se levanta de la página como un chorro de claridad. En esos momentos de verdadera inspiración, la voz de María se transfigura. No sé si lo que nos dice esa voz es filosofía o es poesía. Tal vez ni la una ni la otra: la voz de María nos habla, sin

decirlo expresamente, de un estado anterior a la poesía y a la filosofía. Entonces, por un instante, las formas que vemos son también los pensamientos que pensamos.

OCTAVIO PAZ

México, a 5 de febrero de 1991

NO SÉ CÓMO MUEREN LOS GATOS

Ahora María Zambrano es más joven, por fin liberada del lenguaje y de la vida. Finalmente vive en la Utopía que fue conquistando en círculos concéntricos e irónicos. Como los gatos que obligan a los murciélagos a un descenso lento e hipnótico hasta la garra lista. Así, María Zambrano hizo descender hasta sí a la Muerte. Convertida en gata, la hipnotizó hasta el abismo de su vida y, llegado el momento, dio gran brinco y lehendió el diente. Ahora está en un lugar que no es, ahora es mucho más joven.

No la recuerdo "sentada en el centro de un sofá tapizado de terciopelo color vino, vestía una bata azul celeste", como Adolfo Castañón, ni consumida por un "fuego interior que se oculta, un ardor que se disimula bajo una resignación irónica", como Ciorán, una tarde en el Café de Flore. Sin conocerla la recuerdo rodeada de gatos, con movimientos de pájaro impulsados por la curiosidad, enferma —por vejez y libros— de los ojos, animada y especulativa. La recuerdo en Morelia, un otoño de *indecible belleza*, en uno de los jardines de la Universidad de esa ciudad, heredera del ideal de Vasco de Quiroga de fundar la Utopía Cristiana de Tomas Moro. Y en la Habana, donde todos, dice Eliseo Diego, "nos reuníamos en torno a nuestra María, sólo por el placer de escucharla. Hasta el propio Lezama Lima callaba para oír". Callaba para oír hablar de lo que hablaba: del poeta que canta el secreto de la nada y del filósofo que de la nada extrae una verdad y un sistema para protegerla; hablaba con pasión de España, del espíritu de su paisaje, del sacrificio y el sueño, con ella, cuenta su amigo Ciorán, se puede hablar de cualquier cosa "seguro de que tarde o temprano se abordarán interrogaciones capitales, y ello sin seguir necesariamente los meandros del razonamiento". Con ella la plática divaga, se embriaga de una razón extraviada y vuelta a encontrar pero ya no del mismo modo: pulida y más nueva. El centro de su divagación no es un de-

lirio sino un tránsito continuo entre el decir de la poesía que quiere extraviarse y el decir de una razón exigente de totalidad. En un momento dado María Zambrano llegó a tener en su departamento treinta y cuatro gatos. Ahora son ellos los únicos que la pueden ver.

Atardece, en la ciudad de México, en la última década del siglo. En el crepúsculo contaminado se dibuja sangriento el sol. Intento darme cuenta de lo que es la muerte en una guerra lejana, la muerte de una gran voz que de pronto se apaga, intento pensar lo que es la muerte en Madrid. La muerte de José Ferrater Mora, que también murió en febrero. No sé como mueren los gatos. Sé que los libros intentan perdurar y que en ellos tengo cita para hablar las tardes que quiera con María Zambrano de los griegos que despertaron del sueño y de México y sus muchos dioses vivos, de la amarilla luz romana y de la claridad y universalidad de Segovia, de la poesía que canta al Origen, de Job, Heráclito y Ortega. No sé si vivan sus libros cien años, nunca se sabe. Su lección es hoy intensa. Anochece en la ciudad sucia. Comienzan a pasear los gatos, a pasear por el filo de las bardas, a detenerse a mirar nada, a descubrir el secreto de nada. Una gata, pasmada ante el círculo de luz plateada, comprende al fin el esperanzador secreto de la Utopía. Luego, llega la muerte.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

1941 - 1991: UNA VIDA

Supo que José Guilherme Merquior estaba muy enfermo la última vez que vino a México, invitado al encuentro "La experiencia de la libertad" que organizó *Vuelta*. Pero sus intervenciones en aquel coloquio —agudas, siempre pertinentes y, no por el tono sino por la precisión, energías— no dejaban de mostrar una vitalidad esencial y su muerte, en los primeros días de este año, no dejó de sorprenderme. Lo había leído mucho durante los últimos años, primero por curiosidad, luego por gusto y, finalmente, por un sentimiento de complicidad, ahora teñido de melancolía. Aunque leo a los filósofos por placer y tengo a más de uno entre mis autores predilectos, pocas cosas me irritan tanto como la tendencia de ciertas escuelas de pensamiento contemporáneas a lo que Merquior

llamó "estetización del pensamiento": un mal que en nuestros países, reacios a la reflexión y ávidos de las novedades del mercado, ha generado una crítica dogmática y apriorística que se empeña en vendernos la oscuridad y el absurdo como sutileza de una lengua arcaica; una crítica palabarrera o, más bien, una palabrería cuyo tono crítico (pues se presenta siempre, ruidosa y jactanciosa, como subversiva) seduce a nuestras buenas conciencias intelectuales mucho más hondamente que el rigor, la claridad y, desde luego, las buenas maneras.

Precisamente las buenas maneras no le faltaban a Merquior, diplomático de carrera. Con una enorme y siempre bien ordenada biblioteca tras de sí, el embajador de Brasil se desempeñó con eficacia en París, Bonn, Londres, Montevideo, México. A la hora de su muerte, era jefe de la misión diplomática permanente de su país ante la Unesco, en París. Una ciudad, esta última, a la que amaba y en la que había asistido al seminario de Lévi - Strauss, de quien nunca dejó de verse como un discípulo. Sólo que un discípulo inconforme: Merquior no fue antropólogo ni fue estructuralista (aunque le debemos una de los exámenes más lúcidos del estructuralismo y sus secuelas). Fue, y le gustaba definirse así, un historiador de las ideas apasionado y beligerante; fue también un crítico literario informado y aun erudito, que parecía haberlo leído todo y que todo lo examinaba con minucia; fue un escritor, finalmente, preciso y elegante, que no desdeñaba la paradoja ni el aforismo pero que nunca confundió la brillantez de una frase con la verdad de una idea. El amor por la claridad y el orden que alienta en cada una de sus páginas, su rechazo permanente de la oscuridad y las simplificaciones, el empeño que puso en denunciar, examinándolas, las peticiones de principio, las falacias y los *non sequitur* del pensamiento contemporáneo, hacen de la lectura de sus libros una aventura gratificante y actúan en nosotros como un poderoso correctivo. Su obra es ya para muchos lectores, entre los que me cuento, una compañía indispensable.

Lo anterior, sin embargo, no debe llamarse a engaño. El autor de *L'Esthétique de Lévi - Strauss*, de *As Ideas e as formas*, de *Foucault o el nihilismo de la cátedra*, de *El marxismo occidental*, de *De Praga a París* no era un iconoclasta.

Es revelador que nada le disgustara tanto en el pensamiento postestructuralista como la excentricidad del estilo y el carácter apocalíptico de la prédica. José Guilherme Merquior era, a fin de cuentas, un hombre esperanzado. Un defensor de la razón y de los valores liberales que creía en la posibilidad de un mundo libre, una sociedad participativa, una cultura dialogante. Como pensador y como diplomático, se esforzó siempre en alentar el cumplimiento de esa posibilidad. Por eso, entre otras cosas, nos va a hacer mucha falta.

AURELIO ASIAIN

LA CIUDAD DE LA PAZ

Cuando la Casa de los Abbasid tomó el poder en el año 750, los descendientes del tío del Profeta se hicieron con un imperio que se extendía desde la India hasta la costa atlántica de Europa. Doce años más tarde, un día fijado por un astrólogo persa para la prominencia de Júpiter, se iniciaron los trabajos en la nueva capital, Madinat - as - Salam, la Ciudad de la Paz. Como centro del imperio e imagen del mundo, la ciudad fue construida con la forma de un círculo dividido por una cruz; sus cuatro puertas apuntaban en dirección de las cuatro esquinas de la tierra.

Durante quinientos años, aun cuando los contornos del imperio se gastaron y se quebraron, la ciudad —todavía conocida por el nombre de la población a la que había reemplazado: Bagdad— fue floreciente. La ciudad más cosmopolita en el mundo de aquella época, en cuyos muelles atracaban —confluían ahí el Tigris y el Éufrates— los barcos de China, la India, Rusia, España, los reinos del África Negra y del África del Norte; en la que había escuelas de pintura, poesía, filosofía, astronomía, filología, matemáticas; en la que se traducían los textos que al cabo impulsarían el Renacimiento en Europa; en la que fortunas rápidamente levantadas se desvanecían aún más rápidamente. (Simbad, para no ir más lejos, se hizo marinero porque había disipado una herencia enorme en diversiones nocturnas y "costosos vestidos".) Símbolo perenne de la metrópolis como catedral del placer: alguna vez, no hace mucho, la ciudad en la que escribo era conocida como la Bagdad del Hudson.

Los poetas de esa ciudad —sobre todo durante los primeros 300 años— se

señalaron por su rechazo de las formas tradicionales, su desvergonzado hedonismo, en las más diversas variedades, su desdén por la ortodoxia social y religiosa, su servilismo en la corte y sus agrias polémicas fuera de ella, sus complicados recursos prosódicos y su crítica literaria cada vez más pedante.

La forma de su elección fue la *qit'a*: literalmente, "fragmento" —más bien que el moderno fragmento de un todo perdido, una flecha de luz en la penumbra, un atisbo de la perfección, como en el célebre pareado (un poema completo) del poeta del siglo XVII Abbas Ibn al - Aghnat:

Cuando camina con sus jóvenes siervas
Es hermosa como la luna entre las
lámparas que oscilan

(La traducción al inglés es de Abdullah al - Udani y George Wightman, en su *Birds through a Ceiling of Alabaster*.)

El misántropo, anticlerical, escéptico, metafísico, ciego poeta anacoreta Abu al - Ala al Ma'arri (973 - 1052) es generalmente considerado como el más grande de ellos. Se dice que Dante lo leyó en traducción, y no sería difícil confundir el pareado que cierra el siguiente poema de Ma'arri (la traducción al inglés es de los mismos) con una más de las exactas y aterradoras imágenes de la *Comedia*:

Cada puesta de sol previene a los hombres
que en silencio miran
que la luz morirá; y cada día el cartero de
la Muerte

toca a la puerta. Aunque no habla,
nos tiende siempre la misma invitación.

Sé como esos cabellos esqueléticos que
huelen la batalla
y temen comer. Esperan masticando sus
bridas.

Ma'arri escribió:

Algunos son como una tumba abierta:
les das lo que más quieres
y es a cambio de nada.

Y, en la Bagdad de hace mil años, escribió una línea que, en Nueva York, el pasado enero de 1991, me hizo apagar —así fuera por pocas horas— la televisión:

No dejes que a tu vida la gobierne lo que
te perturba.

ELIOT WEINBERGER